

los hombres, con su calor toda la tierra, para que concluyeran las castas religiosas, los odios sacerdotales, y comenzára á sonreír sobre el mundo el Cristianismo como una idea universal, descendida del cielo para realizar la igualdad ante Dios; revolucion inmensa, que habia de llegar hasta la raíz de la vida, que habia de transformar toda la historia.—He dicho.

## EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

### LECCION QUINTA.

(Continuacion de la leccion anterior.)

SEÑORES:

El tema de nuestra leccion es de suyo tan grande, que es imposible agotarlo. El espíritu humano se siente movido de religioso respeto delante de este movimiento de la historia, único en sus anales, que devora los dioses de la naturaleza, los ídolos de Oriente y de Grecia, y aquellos animales simbólicos, aquellas serpientes enroscadas, aquellos cocodrilos de bronce, aquellos dioses de cien brazos y de cien cabezas, aquellas náyades encerradas en los arroyos, aquellas sirenas que gemían en las ondas de los mares, aquellos genios, que ora cantaban en las hojas de las encinas, ora se desvanecían como un aroma en el aire; toda aquella vida de la naturaleza que parecía eterna, que parecía la religion propia de los

pueblos, la religion del arte y de la hermosura, se disipa, se desvanece en presencia del gran sacrificio del Calvario, del Dios perseguido, crucificado; de aquel Dios, que bebe hiel y vinagre, y es enterado en hondo sepulcro, para levantarse trasfigurado, lleno de luz, á exaltar la libertad y la conciencia humana, á dar nueva vida al espíritu, nueva direccion al constante movimiento de los siglos.

Y, señores, en este supremo instante de la historia, todos los ídolos, todos los dioses pasaban en larga procesion delante de la reina de las naciones como esperando su juicio final, su última sentencia. La flor del Lotho, madre de tantos dioses, perdía sus hojas en el fondo de los lagos rizados por el soplo de un nuevo espíritu; la estrella errante, que habia llevado en su etérea luz tantos genios, se detenía en el Capitolio para lanzar su último rayo sobre la frente de la reina de las naciones; los templos de Egipto, abandonados de sus antiguos ídolos, pedían con la voz del viento del desierto que se estrellaba en sus desnudos muros, un nuevo Dios; la Grecia sacudia su corona de verbena sobre las ondas del Mediterráneo, y extendía á los cuatro vientos sus dulces suspiros como invocando un nuevo genio, una nueva revelacion; la misma Roma, sí, Roma, la maestra del derecho, así que oye que un filósofo trae un nuevo Dios, recoge su aliento y lo escucha, y

hasta le ofrece aras y sacrificios; porque toda la conciencia humana está sedienta de lo infinito, aguardando á que las nubes del cielo lluevan la benéfica agua que la refrigere, y sacie su anhelo y apague el ardor de su sed.

Pero en el mundo solo una region tenia la verdad, solo sobre un pueblo habia llovido el rocío de la misericordia divina. En aquella region los ángeles habian preparado un a cuna al nuevo Dios; los animales de los bosques habian ido á calentar con su aliento su cuerpo aterido; las palomas de los valles habian cántado al márgen de las fuentes sus alabanzas con su inocentísimo arrullo; los pastores habian llevado las lanas de sus corderos para cubrir al recién nacido; los reyes de las más apartadas ciudades le habian regalado la goma olorosa que destilaban sus labios; los pobres habian ido á su camino á pedirle pan, los enfermos salud, los esclavos libertad, los ignorantes luz; los pescadores habian abandonado sus redes por oír su doctrina; los mares bajaban sus ondas para que las hollara con su planta más suave que el aire; los arroyos le habian ofrecido sus cristales para que se mirase en ellos; y en medio de este pueblo, que parecia someterle espíritu y naturaleza, habia apurado el cáliz de amargura, habia vertido lágrimas y sangre, habia espirado en una cruz, habia tenido un sepulcro.

Y mientras el Oriente se entregaba á una or-

gía sin fin, mientras en el seno de la ciudad de Alejandro todos los cultos y todos los dioses confundían sus dogmas, sus ritos, sus imágenes; en el seno de la Judea, cerca del mar de Joppé, unos pobres pescadores recogían el postrer aliento, el último suspiro del que había venido á salvar á los pueblos, á reconciliar unas con otras las naciones en el espíritu de la verdad y del amor. Pero esta doctrina se hubiera perdido para el mundo si se hubiera encerrado en el fondo de la Judea. El destino de los templos de Oriente hubiera alcanzado á su templo, su idea se hubiera muerto al pié de sus altares como una planta sin luz. El viento hubiera levantado las ondas de arena del desierto y hubiera envuelto sus aras. Hoy de esa doctrina salvadora solo quedaria en la historia un recuerdo lijero é indeciso, á manera de esos fuegos que corren sobre los sarcófagos. Y á pesar de este peligro gravísimo para la buena nueva, algunos de sus propagadores se habían sentado al dintel del templo judío, y no veían el cáuce abierto á la nueva doctrina. Apegados á su patria, querían derramar en su patria su doctrina como la palmera deja caer sus dátiles en el lugar de su nacimiento. Las palabras de amor, que habían caído de los labios de Jesús para toda la humanidad, querían encerrarlas en un solo templo. No oían el ruido del mar que iba subiendo poco á poco las gradas del trono de Jerusalem, para arrebatarle

de las manos el fuego del sacrificio. No veían que la religion de un pueblo había caído y se levantaba como una aureola de imperecedera luz la religion de toda la humanidad. No veían la tempestad que los iba á arrojar de la ciudad santa como la espada de fuego, que en vez de cerrar, abría un nuevo paraíso. No veían que Dios removía todas las razas y todas las religiones, para que todas las razas recibieran el bautismo cristiano, y todas las religiones se desvanecieran como una nube de humo delante del Calvario.

Para sacar de este error á los judíos recién convertidos al Cristianismo, era preciso que apareciera un hombre extraordinario, que hubiera conocido los dogmas de todos los pueblos, que hubiera estrechado contra su corazón los representantes de todas las razas, que hubiera visto los fundamentos de aquel gran Imperio romano, único en la historia, que hubiera asistido á las escuelas griegas á leer el pensamiento de sus filósofos, que hubiera contemplado la trasformación maravillosa del mundo pagano en la unidad, que hubiera aprendido á tener sentimientos humanitarios; capaz de levantarse sobre las tradiciones de todos los pueblos, sobre el espíritu de todas las escuelas, pronto á recorrer la tierra entera para derramar su idea santísima; semita por la fé, por el espíritu religioso; griego por la vehemencia de la palabra, por la alteza de la imaginación; romano por

su majestad, y por sus ideas que abrazaran á toda la humanidad; un hombre, en fin, cuya inmensa alma, á manera de un océano de vida, se dilatase por nuevos infinitos espacios; un hombre batallador, incansable, como cumplía en aquella época de lucha; un hombre, que al registrar todos los templos y todos los santuarios de las divinidades antiguas, los considerara indignos de la idea cristiana y buscara otro santuario más hermoso en el seno inmortal de la conciencia.

Cuanto más miramos á este hombre extraordinario más nos sorprende el maravilloso destino que representa en la historia inmortal del Cristianismo. Él habia pertenecido á la religion judía, habia estado entre aquellos doctores que apedrearon á Estéban, su Bautista, su Profeta. En el seno de la sinagoga se habia indignado muchas veces al oír que aquellos revolucionarios que habian perturbado á Jerusalem con su doctrina, querian renovar la antigua ley. En su profesion de fariseo era severo, inflexible como un antiguo profeta del desierto. Si el judaismo hubiera podido ser restaurado, Pablo bastaba para restaurarlo: tanta era su constancia. En Roma hubiera sido un estóico, en Grecia un platónico, en África un eremita, en todas partes lo más exaltado. Aquel hombre habia menester el amor de la humanidad, y para llenar los abismos de inteligencia una doctrina centelleante de vida, que ins-

pirase fé y devocion en los grandes sacrificios. La soledad del templo hebreo, que cada dia estaba más desierto y más abandonado, inspiraba tristeza á su alma necesitada de amor, impelida por su misma grandeza á confundirse con el alma de la humanidad. La filosofía griega, que estaba en ese período ecléctico de la escuela de Alejandría, en que reinaba extraordinaria confusion, no podia satisfacer su razon, que amaba la unidad absoluta, y las grandes armonías del espíritu y la naturaleza, que no se pueden encontrar en el caos del antiguo eclecticismo. Cuando vió parecer el Cristianismo, sus prácticas, que creia grandes profanaciones, sus ideas, que venian á subvertir los fundamentos eternos de la sinagoga, sus tendencias, que trataban de alterar radicalmente el judaismo, le inspiraron ese ódio irreconciliable á los cristianos, en que ejerció la exaltacion constante de su alma; pero el ódio, como pasion agena á nuestra naturaleza moral, pasó rápidamente, que solo el amor puede animar y sostener la vida. Sin embargo, al ver el Dios que habitaba en los cielos, y tenia por alfombras las estrellas, amenazado por aquellos viles gusanillos de la tierra, que podian morir á un soplo no más de su justa cólera y de su indignacion, San Pablo se exaltaba, y se creia el brazo del Dios bíblico, el ministro de sus venganzas, destinado á consumir á los cristianos como el fuego del cielo habia consumido y devo-

rado las ciudades protervas y las generaciones perversas. Esta idea, que era una idea de lucha y de combate, le sostenía y le alentaba en aquella gran crisis de la historia.

Aquel fariseo, rígido, severo, sangriento, que perseguía á los cristianos, que se cebaba en despedazarlos, que veía con gozo su sangre correr sobre las piedras de las calles como un holocausto propicio al Dios de las venganzas, que agitaba en su mano la espada hambrienta de nuevas víctimas; un día en el camino de Damasco, en la hora calurosa en que el sol lanza sus rayos desde el zénit como una lluvia de fuego, viendo á lo lejos las murallas y las torres de la ciudad medio perdidas en las indecisas brumas y los vapores rojizos levantados por el ardiente calor del abrasado desierto, cuando creía más próximo el instante de desahogar su cólera en los cristianos, oye una voz lastimera y sobrenatural que sale del centro del fuego, semejante á la voz que en la zarza hablaba á Moisés, y le revela, tocando en su corazón, que ha nacido para ser cristiano, para ser Apóstol y mártir de la buena nueva; y desde aquel punto abandona su templo, sus antiguas ceremonias, su culto, sus símbolos; toma su báculo, se calza sus sandalias, deja los sicomoros y las palmeras de Judea, se lanza á la tierra con los brazos abiertos dejándose llevar por la Providencia como la semilla que el viento arrastra; y llama á la choza del pobre

para decirle que tiene una herencia en el cielo, y entra en la academia del filósofo para revelarles el Dios de la verdad y del amor, y pisa los dinteles de los antiguos templos para abrirlos á la nueva idea, y conversa con el pastor en el campo, con el soldado, con el esclavo, con todas las gentes para anunciarles el consuelo que les trae en su palabra y en su ejemplo, como testigo de la misericordia divina que le ha perdonado sus enormes faltas, y de la eficacia de la gracia que le ha revelado sus verdades, fiel á su destino hasta la muerte. Pasma contemplar la vida de este hombre, consagrada toda á la causa del Cristianismo. Sin darse punto de reposo, sin sentir nunca desaliento ni duda, emprende su guerra contra toda una civilización que había sido el alma de muchos siglos, la vida universal de infinitas generaciones. Con el pensamiento puesto en el cielo sin mirar los abrojos sembrados en su largo camino; creyendo que la fé basta para remover las montañas, para abrir una senda triunfal á una nueva idea entre las luchas del mundo; dispuesto á torcer con su palabra y con su doctrina las corrientes de la vida humana hácia los altares del Cristianismo; lleno de ese espíritu de propaganda que poseen los predestinados á difundir una verdad en la conciencia; San Pablo predica en Damasco la buena nueva, la reconciliación del hombre con Dios y de los hombres entre sí; va á la Arabia, y en el seno de sus de-

siertos y al pié de las palmeras, siguiendo las huellas del pastor perdido ó de la caravana errante, les señala con amor la nueva estrella que ha brillado en el cielo; vuelve á los campos donde corrió su infancia, entra en las sinagogas donde se congregaban sus padres, y jadeante de cansancio y cubierto con el sudor y el polvo del camino, les dice que la ley de Moisés ha sido sellada por la sangre del Salvador; pasa á Chipre, y en aquellas riberas y en aquellos mares todavía conmovidos por el soplo de amor que exhala el pecho de Citea, sostiene la ley purísima de la caridad universal; llega á Efeso y hace temblar la cuna de los antiguos dioses y gemir de espanto á los oráculos; pisa á Corintio y extiende los fundamentos de nuevas iglesias; entra en la ciudad querida del mundo antiguo, en la hermosa Atenas, y el Areópago cree que al oírle oye un dios, y el templo levantado á un genio desconocido abre de par en par sus puertas para que pueda entrar bajo sus bóvedas la verdad universal, la verdad divina; y en este gran combate, en esta lucha de todos los días, ni las inclemencias de la naturaleza, ni el odio de los hombres le detiene, porque contra el frío guarda el calor de su alma, contra el desierto, la compañía de sus ideas y de sus esperanzas, contra las tempestades la dulce serenidad de su conciencia, contra las injusticias de los hombres la confianza en su propia justicia, contra las ho-

gueras, el tormento y el martirio la seguridad de una eterna vida en el cielo; y este hombre, dado siempre al trabajo, poseído de este vértigo de lucha, sin más propiedad que sus fuerzas, pobre, desvalido, humilde, sentado á la puerta de las cabañas, en las piedras del desierto, bajo los árboles que le libertan un instante de los rayos del sol, escribe las páginas de sus epístolas, que son una nueva teología; y va arrojando todas las verdades que allega, todas las ideas que su inspiración le infunde á la sedienta alma de la humanidad, próxima á trasformarse. Es necesario examinar las ideas de San Pablo, porque así veremos cómo fué creciendo la nueva religión, hasta cubrir con su benéfica sombra todo el mundo.

La primer gran idea que San Pablo difunde en la conciencia humana, es la idea de Dios, base de toda ciencia, raíz de toda vida. Mientras la idea de Dios fuese como el patrimonio de una sola raza, como el depósito de un solo templo, como el alma de una sola civilización, la idea de Dios no se hubiera difundido nunca en la conciencia de la humanidad. Era necesario que Dios se manifestase como idea universal, una para todos los hombres, idéntica en todos los siglos, igual para todos los pueblos. La suerte del Cristianismo estaba reservada á esta idea universal; porque el aislamiento del Dios hebreo hacia imposible la difusión de sus dogmas; y el fraccionamiento del pa-

ganismo hacia tambien imposible que la conciencia humana elevada á la idea de la unidad por el trabajo de Roma, pudiese permanecer en esta pobre idea ya próxima á su ocaso, ya cercana á su muerte. El Dios encerrado en el tabernáculo de Judá debia revelarse á todos los pueblos; los dioses fraccionados, esparcidos en las naciones y en las islas, debian perecer delante de esta idea universal y divina. Además era necesario reconciliar á Dios con la humanidad. El Dios del pueblo hebreo celoso, armado del rayo, sentado sobre sus nubes, cuyo aliento era como la tempestad y el huracán, debia reconciliarse con la humanidad en el Calvario. Por eso el Dios cristiano, el Dios crucificado tiene dos atributos, la justicia y la misericordia. Por su justicia es el Dios de la ley, el Dios de la Biblia; por su misericordia es el Dios de la gracia, el Dios del Evangelio. Así Dios ha enlazado todas las cosas de suerte que todas cumplan su fin, que es la realizacion del bien. El hombre, como libre, se relaciona con el Dios de justicia; pero el hombre, como débil, se relaciona con el Dios de gracia. Sin la justicia de Dios, el hombre no seria libre; pero sin la misericordia de Dios, el hombre no seria salvo. El Dios del pueblo hebreo era el Dios de la justicia, y el Dios cristiano el Dios de la justicia y de la gracia.

San Pablo representa el Dios de gracia en la persona de Jesucristo. Antes que el mundo fuera,

antes del primer dia de la creacion, el Verbo existia en Dios como su propia esencia. El Verbo es como la virtud creadora de todas las cosas, la palabra, que cayendo en el vacío, pobló de luz, de astros, de séres la estéril nada. Esta palabra existia desde la eternidad en Dios, y como Dios, no tiene principio, y como Dios, no tendrá fin, siendo su propia esencia. Y esta palabra que creó el mundo, esta palabra, que flotando sobre el caos, dió forma y armonía y vida al universo, todos los dias renueva su milagro conservando la creacion. Mas para ser el Dios de gracia, para satisfacer su propia justicia, bajó de su trono de nubes al tiempo, á la tierra, y se encarnó en nuestra misma sustancia, y tomó nuestra misma forma. Como el hombre, Jesús nació desnudo y lloró al nacer. Como el hombre, creció entre dolores y tribulaciones, teniendo cada dia su trabajo y cada hora su pena. Como el hombre, fué perseguido y comió el pan del destierro amasado con lágrimas. Como el hombre, necesitó ganarse el propio sustento y regar con las amargas gotas del sudor la tierra. Como el hombre, sufrió la tentacion, aunque no el pecado. Pero además de ser hombre, es Dios, dice San Pablo, y su divinidad se conoce en su resurreccion, como su humanidad se conoce en su muerte. La union de la humanidad y de la divinidad en Jesucristo, es la ley de su naturaleza y de su vida. Es Dios de justicia, que necesita un

holocausto, un sacrificio, pero es tambien Dios de misericordia, que ofrece su propia vida en holocausto y en sacrificio. La persona de Jesucristo, su noble naturaleza, no se encuentra explicada antes de San Pablo con esta profundidad de miras, con esta alteza de pensamientos. La doctrina del Evangelio habia sido una doctrina moral y la doctrina de San Pablo una doctrina teológica.

San Pablo mira tambien en Jesucristo el hijo de Dios, que viene á cumplir la obra de su padre. Esta obra no es la predicacion moral, no es la enseñanza de nuevas máximas, pues sin dejar de ser esto, es algo más grande y más divino. El hombre era un esclavo, encorvado bajo sus culpas, herido por su natural debilidad, sujeto á un continuo tormento, un esclavo sumido en negra noche, y Jesús viene á libertarle, á rescatarle de esta esclavitud con su propia vida. Pero la vida del hombre debe levantarse hasta acercarse á Jesús, como el vapor de las aguas se levanta de lo profundo hasta el cielo. Y la vida de Jesús es una vida sin mancha, una vida sin pecado. Y el hombre debe pensar que ya que la vida con pecado le dá la muerte, la muerte sin pecado le dará la vida. Jesucristo murió como nosotros aquí en la tierra, para que nosotros resucitáramos como él allá en el cielo. Y para resucitar como él, es necesario seguir su ejemplo, llegar á su vida, her-

mosear el alma con la virtud, enaltecerla y sublimarla con la fé, amar en Dios el eterno ideal de nuestras acciones, en el Evangelio la norma eterna de nuestra conducta, favorecer al desvalido, amparar al huérfano, compadecer al delincuente, redimir al esclavo, olvidarnos de nosotros mismos para seguir á nuestros hermanos, morir si es preciso antes que manchar nuestra alma, arrostrar todos los peligros y todas las inclemencias por la causa de la verdad y la justicia, seguros de que las lágrimas que derramemos sobre los abrojos de la tierra, serán luego los diamantes de nuestra corona en el cielo.

Esta doctrina, no es la doctrina en que se presentaba más innovador San Pablo. Habia otras ideas, otras cuestiones, que el espíritu no habia querido tocar, como temeroso de su grandeza. El libro antiguo, sí, la antigua Biblia estaba aun abierta, y muchos cristianos creian que encerraba toda la revelacion, toda la vida. Ese libro sagrado habia sido escrito en el camino del desierto, en la cautividad de Babilonia, sobre la montaña de Sion, y encerraba todos los dolores y todas las creencias y todas las esperanzas del pueblo, pues cada profeta habia dejado una página escrita, cada generacion una lágrima, cada santo una oracion, cada sabio un destello en ese gran libro, inspirado por el Dios de Sinaí, como el tesoro de sus revelaciones, como el pacto de su alianza con



el pueblo judío, como el cántico eterno, que debía levantar toda la creacion hasta su trono de estrellas. Si el pueblo se habia quejado, allí estaban sus quejidos; si el pueblo habia sufrido, allí estaban sus dolores; si el pueblo habia dudado, allí estaban sus dudas; si el pueblo habia caido, allí estaban impresas las huellas de sus caidas; si se habia levantado al poder y á la gloria, aquel era su pedestal; si habia orado, las páginas del gran libro eran sus oraciones; si habia sido azotado por la tempestad, el eco de la tempestad resonaba incesantemente en esas páginas; si habia visto á Dios pasar en una nube, el reflejo de Dios, que no quedaba en la naturaleza, ni en el sol, ni en las estrellas, quedaba eternamente como luz sin ocaso, en las letras inefables, sagradas, que componian su nombre escrito por los mismos ángeles en la Biblia. Y los primitivos cristianos veian en este libro tambien toda la revelacion, pues aun no se habian levantado á comprender toda la trascendencia de la palabra y de la idea de Cristo. San Pablo, acercándose á ese libro, que habia sido su consuelo por tanto tiempo, á ese libro que él creia la última palabra de Dios, el último reflejo de su revelacion y de su gloria, á ese libro, en que Job habia dejado sus lamentos, Isaías sus esperanzas, David sus armoniosos cánticos, Moisés sus leyes, Salomon sus sentencias; á ese libro de todos los siglos, de todas las generaciones, señala sus páginas como el

vestíbulo de un nuevo templo, como el símbolo de una nueva idea, como el crepúsculo del dia inmortal de una nueva religion.

En efecto, la ley antigua para San Pablo era como el yugo del esclavo. Escrita en el instante mismo en que el hombre acababa de caer en la culpa, esa ley tiene presente siempre la pena, viva siempre la idea del castigo. Es la ley que dictó Dios justamente irritado cuando el hombre acababa de desconocer su justicia y de provocar su cólera. Cuando la tierra se erizaba de espinas, cuando las flores del paraíso eran combatidas por el cierzo ó abrasadas por el sol, cuando se emponzoñaban las puras corrientes aguas, cuando las fieras alimañas antes sometidas al hombre, volvian á perseguirle y acosarle, cuando el huracan le arrancaba su cabaña y el rayo culebreando en su camino le borraba con su fuego y con su humo todas las sendas, y el trueno rugia en los espacios con el mismo estruendo que el remordimiento en la conciencia; el Adán pecador, el Adán esclavo de la culpa, azotado por los elementos, herido por las inclemencias de la naturaleza, cargado con el dolor de su delito, martirizado por el recuerdo del mal que habia hecho á su infeliz linaje, oye entre el estruendo de la naturaleza conmovida, la voz celeste que le dicta la ley penosa del trabajo, de la desgracia, y que trae consigo la necesidad inflexible del castigo, última gota de hiel que hace

rebosar el cáliz de sus amarguras. Y á pesar de esta ley del castigo, de esta ley que era como el yugo del hombre, como la cadena atada á sus plantas, el mal no disminuye, el mal, forzosa consecuencia del pecado. En el seno del pueblo judío, el sacerdote no busca en el templo á Dios, sino la ofrenda; el intérprete de la ley no dice lo que es verdadero, sino lo que es útil; el jefe del pueblo va á postrarse de hinojos ante el extranjero y á llevarle incienso y mirra como si fuera una divinidad; el padre menosprecia á su hijo y le abandona; la mujer se levanta del lecho conyugal y va á buscar el calor del adulterio, que consume la vida; la vírgen abre la puerta de su cubículo al amante y le entrega su pudor; el mancebo, deja la espada de sus padres, el Dios de sus mayores y se corona de flores como vil hembra, y se entrega á la embriaguez del placer; el hombre en todas sus condiciones, en toda su vida degrada aquella imágen de la divinidad, que era como la misteriosa esencia de su alma. Era necesario que una nueva ley viniese á restaurar la imágen de Dios borrada en el alma. Era necesario que la lavadura de una nueva vida viniese á purificar la corrompida vida del hombre. Era necesario que la ley de justicia fuese renovada por la ley de gracia. Y esta ley de gracia es el Evangelio, sí, el Evangelio, que contiene toda la verdad, que resume toda la civilizacion; el Evangelio, que es el testamento del Dios

moribundo del Calvario, que es la promesa de la eterna salud, que es el rescate de la serdidumbre, que es el iris de paz entre la tierra y el cielo; el Evangelio, más grande que todos los cánticos de David, y todas las palabras de Jeremías, y todas las leyes de Moisés, pues ha recogido de los mismos labios de Dios la dulce miel de su doctrina, que es toda la verdad y todo el bien.

Como se vé, todo el pensamiento de San Pablo consistia en señalar las diferencias que hay entre la Biblia y el Evangelio, para mostrar esta segunda revelacion como la esencia de toda revelacion divina. El criterio de una otra religion debia ser distinto. Para el judío el cumplimiento de su destino religioso se verificaba con cumplir todas las prácticas de la ley, el ayuno, la maceracion, la abstinencia, el sacrificio, la oracion, ateniéndose á la esclavitud de la letra. Para el cristiano es necesario mucho más; es necesario no solo cumplir con la ley evangélica, sino hermohear la conciencia, purificar el alma, llevar en lo interior del sér la virtud, porque la conciencia es á los ojos de Dios como claro transparente lago que enseña todas las piedras y todas las yerbas de su fondo. La ley antigua con sus gerarquías, con señalar deberes distintos á los hombres segun su dignidad, los separaba, rompía los lazos de los corazones y de las conciencias; pero la nueva ley, la ley cristiana, dirigiéndose solo al hombre, tal como lo